



Javier Fernández Aguado
Socio Director de MindValue
Miembro de Top Ten Management Spain

¡QUÉ EGOÍSTA ES LA GENTE!

Tan importante como mejorar las capacidades de los directivos es que los subordinados tengan un digno comportamiento. Hay que pedir un mejor liderazgo, pero también las bases se esfuercen por el trabajo bien hecho.

En múltiples ocasiones he centrado mis reflexiones en la necesaria mejora de las capacidades directivas. Deseo hoy concentrarme en la necesidad de que el comportamiento de los subordinados sea digno, para no caer en la hipocresía de solicitar mejores modos de liderar mientras en las bases no se incrementan los anhelos del trabajo bien hecho.

«¿Qué egoísta es la gente!», fue el comentario de la empleado de una entidad financiera cuando el responsable de la oficina rechazó su solicitud de concederle las vacaciones en las fechas solicitadas.

Con estos datos, muchos pensarán:

«¡No hay derecho! ¡Qué poca flexibilidad por parte de quienes gobiernan! Luego dirán que quieren que la gente esté motivada».

Eran ésas, precisamente, las consideraciones que formulaba la presunta agraviada. Pero, como en toda historia, hay más datos...

La «damnificada» por el mal gobierno acababa de reincorporarse tras un año. La historia corrió más o menos así: pidió el máximo tiempo de baja con motivo del nacimiento de su segundo hijo. Su marido -funcionario- estaba de baja por una dolencia nimia, y hubiera podido atender -tras el periodo de lactancia- a la criatura. Pero nada de eso se le pasó por la cabeza. Ya que se podía -aunque no hubiera necesidad- había que explotar las ventajas de trabajar en una gran corporación y/o en la función pública...

Pasado el periodo máximo de maternidad alegó depresión y sumó cinco meses más. No niego la existencia de su dolencia psiquiátrica, pero las veces en que tuvo ocasión de verla no parecía que eso afectara a su capacidad de disfrute, porque cada pocas semanas hacía entusiastas escapadas a una playa.

A punto de reincorporarse, sonó el teléfono. Eran los sindicatos:

Nos cuesta aceptar que a veces las reacciones que provocamos son respuesta a nuestro proceder

«¡No se te ocurra volver! ¡Tienes derecho a tomarte todas las vacaciones del tiempo que has estado de baja!»

Preparó -¡para celebrarlo!- una nueva salida playera. En esa quincena diseñó las vacaciones del año sucesivo y llegó a contratar el alquiler de una casa.

Al cabo, regresó a su puesto. Los colegas no la recibieron con alegría, porque hasta ellas había llegado que parte de la enfermedad alegada no era sino excusa para no arrimar el hombro...

El mismo día en que llegó, se dirigió al despacho del director. Su objetivo era claro:

«Ya he reservado apartamento para este verano. Deseo tomarme las vacaciones en tales semanas de julio...»

El responsable no daba crédito. Su reacción fue previsible:

«¡Oye!, llegas tras un año de baja. Ahora, como mínimo, tendrás que trabajar algo y dejar que los demás tengan precedencia para elegir días de descanso».

Salió del despacho apesadumbrada y salió de la sucursal a fumarle un pitillo y a llamar a una amiga para desahogarse:

«¡Qué egoísta es la gente...!», fue el comienzo de su conversación.

Frecuentemente contamos con una pérdida de claridad para detectar lo que los demás no saben, lo que los demás hacen mal.

Paralelamente, ¡cuánto nos cuesta aceptar que muchas veces las reacciones que provocamos son respuestas a nuestros comportamientos!

¡Qué bueno sería desarrollar más autoconocimiento y autocritica!